

La función puede continuar.

(Algunas notas sobre el insurreccionalismo en México)

Hoy la teoría revolucionaria es contraria a toda ideología revolucionaria. Y sabe que lo es.

1. De últimas fechas hemos visto como ha aparecido en la palestra el movimiento insurreccionalista principalmente en la ciudad capital de México. Calificados simplemente como anarquistas, vándalos, *halcones*, infiltrados y provocadores, tanto por la prensa y los mass media oficiales, como por los grupos tradicionales izquierdistas, voceros sindicales y demás; decenas y a veces cientos de jóvenes se han visto enfrentados violentamente a la policía en las últimas manifestaciones callejeras. En su momento tales enfrentamientos coincidieron con las protestas magisteriales auspiciadas por el sindicalismo “disidente” de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la educación (CNTE). Ahora algunos jóvenes aparecen de nuevo en las acciones contra el alza en la tarifa del metro, que –contrario a la farsa sindical- se dan como un primer intento de organización autónoma por parte de los trabajadores.

Esta emergencia desde luego no es fortuita, sino que viene aparejada con la agudización de la crisis. Los efectos de esta ciertamente afectan al conjunto de la clase trabajadora. En las ciudades, la crisis golpea en primer lugar a aquellos cuya generación no ha conocido siquiera el “privilegio” de ser parte directa de la cadena de explotación del trabajo. Los llamados “ninis”¹, como lo reconoce una de las agrupaciones en sus comunicados², son la fuente principal de la futura carne de cañón para la violencia urbana. En un país donde decenas de miles son rechazados cada año de los escalones siguientes a la educación elemental; y donde los pocos que acceden a un lugar en las universidades no tienen asegurado de la manera más mínima que al graduarse encontrarán un empleo, la incertidumbre marca cotidianamente la vida millones de jóvenes provenientes de las capas mas bajas. La mayoría ni siquiera tienen la expectativa de una supuesta movilidad social a través de la educación, sino que tienen que resignarse a vivir la explotación desde edades tempranas, el subempleo o el desempleo y en la completa marginalidad social, económica y cultural. Es entonces cuando no pocos de ellos se ven agregados a las filas de la criminalidad común u “organizada” pasan a engrosar las filas del sicariato en los cárteles³, o aun peor, a enrolarse en los aparatos represivos como única opción de tener un ingreso seguro.

Pero la pauperización es tan profunda que lleva más allá de la simple descomposición y los jóvenes, marginados -ya sea total o parcialmente- de las escasas “oportunidades” que el sistema proporciona, en ocasiones se plantean reflexivamente que la realidad que se les plantea como normal e inevitable, en realidad es resultado de un mundo que funciona de manera anómala o injusta: algo no anda bien, el mundo apesta.

2. De manera que surgen diversas voces que tratan de reformar, cuestionar, transformar o subvertir definitivamente las condiciones materiales de existencia de distintos sectores, sujetos y capas que, organizadas o no, intentan dar una respuesta a la barbarie que plantea el capitalismo. El antecedente inmediato de las actuales expresiones fueron las manifestaciones que el año pasado dieron lugar al movimiento “#Yo soy 132”. En aquella ocasión se desarrolló durante meses un proceso de contención y desvío del descontento juvenil canalizándolo hacia la consigna de democratizar los medios y procurar la limpieza electoral. Lo que se suponía una genuina muestra de “apartidismo”, acabó siendo infiltrado y controlado por todos los partidos políticos y principalmente por su propia burocracia autoengendrada, que impedía toda discusión de los problemas reales que afectan a la juventud trabajadora. El movimiento #Yo soy 132 contó con la simpatía de los medios de

información burgueses, que le garantizaron permanente cobertura mientras sus “movilizaciones” no salieran de los linderos pacíficos y ciudadanistas, y finalmente terminó diluyéndose al carecer de un horizonte programático que fuera más allá de lo electoral inmediato.

Hace justo un año, el día 1 de diciembre de 2012, con la toma de protesta del actual presidente, se marcó simbólicamente la derrota del #132, que a partir de entonces cayó definitivamente en el desgaste hacia su desestructuración. Pero al mismo tiempo ese día, mientras en el Palacio Legislativo Peña Nieto era investido, cientos de personas se vieron envueltas en las manifestaciones callejeras que derivaron en violenta represión y enfrentamientos con la policía. Tales manifestaciones se dividieron principalmente en dos frentes: uno, a las afueras del propio parlamento donde las fuerzas federales realizaron una maniobra de contención que derivó en palizas y detenciones de manifestantes, poniendo a algunos incluso al borde de la muerte al ser lesionados por las balas de goma y bombas de gas lacrimógeno arrojadas desde detrás de la valla policial.⁴

Mientras que en este sitio las protestas protagonizaron sobre todo integrantes de grupos organizados como el FPR o la “Acampada Revolución”, en el otro frente, las escaramuzas fueron más bien espontáneas y desorganizadas. En el lado opuesto al Palacio Legislativo, es decir, en la Alameda Central que se ubica también en las proximidades del primer cuadro de la ciudad, pero del lado poniente, tuvieron lugar escenas de destrucción material en dicho parque y los negocios de los alrededores. Aunque la policía local actuó aprehendiendo a casi un centenar de personas (muchos de los cuales, realizaban protestas pacifistas o bien sólo iban pasando por el sitio), su presencia fue más bien calificada de impotente por la prensa burguesa, acusando al gobierno local de permitir el caos. El recién remodelado jardín, donde se encuentra un monumento al expresidente Juárez (de triste memoria por su encono con los anarquistas, campesinos e indígenas que durante su periodo se sublevaron), resultó en buena medida arrasado por la acción violenta de la turba. De aquel episodio, como es costumbre, se derivó una saga de protestas exigiendo la liberación de los presos, de los cuales buena parte aún siguen procesos penales fuera de la cárcel.

Desde entonces las manifestaciones violentas no han cesado, en parte provocadas por la escalada represiva de un estado que se torna cada vez más policial, y en parte por la emergencia de un nuevo y cada vez más visible movimiento organizado que ve en dichos métodos, la posibilidad de incursionar en la protesta social.

Y no es que en México antes no existieran expresiones callejeras propias de la llamada “acción directa”, pero usualmente estas no pasaban de las modestas “pintas”, destrucción de algunos escaparates y escaramuzas con las fuerzas policiales antes, durante, o al final de las manifestaciones. Esto ocurría principalmente durante las marchas que en este país se realizan constantemente de manera ritual, a manera de expresión de los problemas candentes unas veces, y –muchas otras–, como canal de desvío y apaciguamiento de los múltiples descontentos políticos y sociales.

El único antecedente similar de violencia al del “1Dmx”, lo presenciamos durante el movimiento de la APPO en 2006 en el sureño estado de Oaxaca. Ahí los llamados “barricaderos” utilizaron todos los recursos a su alcance cuando se vieron atacados por las fuerzas policiales y paramilitares, con el trágico curso que ya conocemos: el desvío y derrota del descontento magisterial que motivó las protestas, y decenas de activistas presos y torturados.

Es hasta este último año que hemos visto como recurrentemente, y en mayor o menor escala se repiten las escenas de encapuchados enfrentando de manera abierta a la policía: 1º de mayo, 10 de junio, etc.

El 2 de octubre se vivió otro de estos episodios. Aparejado al movimiento de la CNTE, los grupos encapuchados estuvieron saliendo a la calle en los días previos, especialmente cuando se dio el desalojo militar del Zócalo, previo a la ceremonia del “grito” de independencia. En aquella ocasión, los encapuchados (por llamarlos así de manera genérica, ya que no necesariamente todos se reivindicaban

anarquistas), fueron parte del repliegue que cubrió la salida de los pocos maestros que permanecieron hasta el final manteniendo su plantón en la citada plaza. El día 2 se realizó el ya tradicional e inofensivo ritual de la izquierda para “conmemorar” la masacre de 1968, donde desde luego, ya estaba pactado con el gobierno por parte de los organizadores que el recorrido no intentaría recuperar el Zócalo⁵. Sin embargo, se repitió el montaje policiaco a fin de azuzar el enfrentamiento con los grupos mas “radicalizados”, estos, que previamente ya se habían propuesto irrumpir en la protesta, cayeron en la trampa y el resultado fue otra importante cantidad de detenidos, contra los que la saña policial durante las aprehensiones y encarcelamiento en los reclusorios, no se hizo esperar.

El 1º de diciembre de 2013, las escenas de confrontación entre encapuchados y policías volvieron a repetirse, aunque en menor escala. Pareciera que no se irán más.

3. ¿Cuál es la perspectiva de lucha que representa esta vía? El insurreccionalismo como plataforma, programa y método de lucha (todo al mismo tiempo) parece haberse implantado como la vertiente ideológica y práctica representativa de un contingente importante de descontentos. Contingente imposible de cuantificar por su aparición irregular, pero cuya visibilidad y capacidad de intervención es ya innegable.

Aunque por su carácter informal, descentralizado y no jerárquico se encuentra desde luego vinculado al movimiento ácrata históricamente planteado, el insurreccionalismo o anarquismo insurreccional, es en sí mismo un movimiento y un fenómeno político (o antipolítico si así lo prefieren sus adherentes), ideológico, social, y teórico de singular identidad y trascendencia. Para empezar porque no se puede hablar de un solo “anarquismo”, sino que históricamente han habido múltiples vertientes. La más conocida de estas es el “anarcosindicalismo”, que, pese a su decadencia aparejada a su integración como parte del aparato sindical (organismo propio del capital), pervive aún en nuestros días, especialmente en países como España con la CNT.⁶

En lo que se refiere a México, podemos decir que hay, además, muy alejado de ello, una pequeña expresión de procedencia ácrata con un genuino interés por desarrollar un programa y organización proletarios, a quienes sus detractores tachan de “plataformistas”. Mientras que lo que predomina es el anarquismo oficial, heredero ideológico de lo que en décadas recientes fue el movimiento altermundista, este anarquismo oficial enarbola toda una variedad de reivindicaciones y reclamos democráticos, ambientalistas, feministas, indigenistas y demás, siendo de un carácter abiertamente identificado con una perspectiva ideológica funcional al capitalismo del cual se pretenden sus más férreos y activos denunciantes.

Pero uno es el anarquismo que opera dentro de los marcos más o menos legales de la protesta social (mientras la criminalización de la misma promovida por el Estado Mexicano se lo permita) y otro el que se desprende abiertamente de estos para operar en la clandestinidad y/o el anonimato. Este último se haya representado por aquellos grupos de identidad no conocida que han reivindicado en los últimos tres o cuatro años diversos atentados, especialmente contra sucursales bancarias, con motivaciones diversas como solidarizarse con algunos compañeros suyos presos en diversas partes de mundo. A semejanza de lo que fueron las pequeñas células guerrilleras urbanas de los años 70`s, parece que algunos militantes ácratas no han visto más remedio que optar por la vía de colocar explosivos para hacerse escuchar.⁷

Por otro lado el insurreccionalismo, como tendencia que actualmente vemos desarrollarse en México. Misma que si bien está teóricamente vinculada con los preceptos desarrollados desde las décadas de los 70`s y 80`s, sobre todo en Italia por personajes como Alfredo María Bonanno, no es resultado de una simple importación o implantación de ideas. Es resultado de todo un proceso de

desarrollo a veces visible, pero sobre todo oculto, de acumulación de descontento, conjugado con la pauperización creciente de las condiciones materiales de vida de la juventud perteneciente a los sectores explotados. Este resurgir del insurreccionalismo en versión “mexicana”, no es un fenómeno aislado en el mundo, tiene conexión con otros movimientos similares en otras latitudes: es también una resonancia de los episodios espontáneos de violencia callejera en Francia, y sobre todo en Grecia de hace unos años. Es resultado de décadas de represión policial hacia los jóvenes empobrecidos, pero también es muestra de incapacidad de la izquierda del capital para absorber y representar esos descontentos.

El insurreccionalismo, que cuando estuvo en su momento de auge teórico en Europa no tuvo mayor resonancia en Latinoamérica, pero que ahora –tres décadas después– parece resurgir con nuevos bríos en México, carece al parecer por completo de una organicidad burocrática, de una sola representación reconocida. Si bien este resurgir tiene al parecer un referente importante de cohesión en grupos como la llamada Coordinadora de las Sombras, mismo que hizo su aparición en octubre pasado, esto no significa que se trate de una sola agrupación perfectamente definida, con un programa único o instancias permanentes de aglutinamiento. Más bien se trata de un conjunto de expresiones más o menos espontáneas, que convergen en lo que ellos llaman acción directa, cada vez que hay confrontación violenta en las manifestaciones callejeras. Esto independientemente de que algunos grupos de aparición anterior, autodefinidos como “informales” hayan querido abrogarse su inspiración intelectual al proclamar su solidaridad con los encapuchados muy “oportunamente”⁸.

El insurreccionalismo es un movimiento fundamentalmente político, aunque de marcado carácter estético. Algunos de sus teóricos⁹ resumen su metodología en principios tales como:

- La insurrección
- La afinidad (basada en el conocimiento recíproco que permite a los individuos coordinarse)
- El ataque
- La informalidad organizativa (en contra de las estructuras permanentes)
- La crítica a la espera por el crecimiento cuantitativo.

Otros principios importantes son:

- La autonomía (no confiar en los entes organizados, actuar sin delegar en otros).
- El conflicto permanente (lucha constante por los objetivos planteados y sin compromisos del cual emergería la conciencia).

Cada uno de estos preceptos merece desde luego una discusión. Pero habremos de referirnos sólo a lo que nos parece central en cuanto al planteamiento del insurreccionalismo o anarquismo insurreccionalista como una estrategia pretendidamente anticapitalista, de cara ante los otros anarquismos (a quienes no reconoce esta capacidad subversiva), y de cara a lo que es el comunismo como movimiento del proletariado. Esto lo hacemos a sabiendas de que para algunos insurreccionalistas, ni el proletariado ni el comunismo existen más, sino simplemente se toman a la teoría que habla de estos como reminiscencia de viejas ideas trasnochadas.

4. Nuestra crítica pretende el debate y la reflexión abiertos que permitan clarificar sobre cuáles son los métodos de lucha que realmente pueden contribuir a una confrontación revolucionaria, que implica la destrucción de la propiedad privada y del Estado mismo. Es decir, hablamos desde el campo proletario, no desde el flanco la izquierda del capital que no tiene nada de marxista ni de comunista ni de revolucionaria. Por ello habría que empezar por plantear algunos deslindes.

Desde el izquierdismo pretendidamente “leninista”, “socialista” y “revolucionario”, por lo general se suele definir a los actos de violencia callejeros que implican el “ataque directo”, como obra de provocadores, lumpenes, infiltrados. O bien cuando dichos actos generan una inevitable simpatía entre las masas, se hace una falsa apología de estos, definiéndolos como parte de una supuesta emergencia de la lucha popular que va en ascenso.

Para ilustrar como ello ocurre, pongamos a este respecto la atención en dos textos aparecidos en los medios de la web, ambos a propósito de los hechos ocurridos en la conmemoración del 2 de octubre en la ciudad de México.

Por un lado el titulado *Voces del combate callejero*, de Jorge Lofredo, que escribe en su habitual columna editorial “Postdata” (26-X-2013) del sitio electrónico **cedema.org**. En este texto implícitamente pone en duda la autenticidad del discurso de la *Coordinadora de las Sombras*, así como introduce la posibilidad de que las células anarquistas hayan sido infiltradas para desprestigiar al movimiento social. Cita un “testimonio”: ***“Parecen cuatro discursos (por lo menos) con bastantes diferencias. El primero es un discurso anarco clásico; más adelante, marxista, que luego va a lo insurreccional pero luego empieza a contradecirse...”*** Llama la atención que ninguno de los comunicados de los grupos anarquistas se publica en dicha página de internet, pero el editor dedica ahí mismo sendas cuartillas a “reflexionar” sobre la autenticidad del anarquismo callejero y el peligro de su infiltración por el Estado.

El problema que plantea esto no es si la dichosa Coordinadora realmente existe, ni si el anarquismo “está infiltrado” o no, como pretende hacernos dudar Lofredo, según se desprende en la línea argumental de su texto. El asunto es: ¿Por qué Lofredo siempre duda de unos y nunca de otros? ¿Por qué Lofredo no se preocupa igualmente en indagar la posible infiltración -o absorción- por parte del Estado Mexicano, de aparatos burocráticos militares “reconocidos” e “históricos”, de los que no se plantea ningún cuestionamiento similar en la página del CEDEMA, y en cambio si se da amplia difusión a sus comunicados y periódicos? Lo que pretende ser el espacio para una labor meramente de documentación investigación social, si acaso de análisis político-periodístico, al final resulta sirviendo como instrumento de un aparato propagandístico partidario con fines –esos si – claramente definidos.

Es citando diversos “testimonios” anónimos como Lofredo se arma para desarrollar su trama periodística que abona a la teoría de la infiltración. Y de paso vierte su veneno contra el comunismo, pretendiendo meterlo en su *sospechosa revoltura*: ***“es claro que hay al menos dos bandos beligerantes, la policía y los manifestantes. Entre estos últimos están los espontáneos, los comunistas y los anarquistas: porque realmente es falso que sólo los anarquistas se estén preparando para las batallas callejeras. Desde el 1º de diciembre hace un año se vio también que había muchos comunistas entrando al combate. Lo que pasa es que como cierta medida táctica han dejado que mediáticamente se haga responsable a los anarquistas. Además, por supuesto, también están los infiltrados.*** (Entrecomillado del propio Lofredo).

El otro texto que nos sirve para ejemplificar, es el artículo titulado *México : el dilema de los <<infiltrados>> en las movilizaciones* (publicado en el sitio **indepe.acervo.org**) donde supuestamente se hace una defensa -o al menos se intenta dar una explicación- del uso de la “acción directa” en las movilizaciones populares, pero incurre en la misma trampa que Lofredo de querer equiparar los métodos minoritarios con el accionar político de los trabajadores: ***“El método recurrente del uso de la acción directa y la violencia por parte de los manifestantes es una forma más de expresar el descontento popular, aunque éste sea espontáneo, un estado embrionario de la conciencia proletaria.”*** Esto no tendría la mayor trascendencia, de no ser porque se trata de un artículo publicado precisamente en el portal web de uno de los grupos que, desde del movimiento estudiantil en la UNAM, ejercen una fuerte capacidad de interlocución y negociación con las instancias

de poder universitarias y gubernamentales; esto cada vez que hay un intento de movilización estudiantil fuera de los márgenes acostumbrados. Son tales instancias de poder las que, gracias a la ayuda oficiosa de dichos rufianes izquierdistas, se han ensañado con activistas independientes como Mario González, a quien desde siempre se le ha relacionado dolosamente con los grupos de “encapuchados” e invariablemente, todas sus acciones han sido criminalizadas. ¿El resultado? Él está preso, y sus compañeros han pisado también las cárceles en repetidas ocasiones.

Esta aparente ambivalencia entre detractores y pseudodefensores, corresponde en realidad a una negra maniobra contrainformativa propia de los aparatos del Estado y no pocas veces adoptada como parte del *modus operandi* de ciertas izquierdas. Maniobra perfectamente planeada y perversamente ejecutada por quienes -al no poder justificar abiertamente ante sus bases su accionar denodadamente policiaco- andan por ahí escenificando su papel al de “defensores del pueblo”. Esto mientras en las oficinas del poder sus más experimentados *cuadros de masas* operan la entrega de los movimientos, entrega disfrazada de “negociación”, mientras en los medios sus *colaboradores motu proprio* hacen labor propagandística, y mientras en la ciudad y el campo sus estructuras paramilitares delatan y/o “ajustician” a quienes se atreven a actuar fuera de la “metodología revolucionaria” por ellos autoproclamada. Repugnante.

5. Lejos de ello, la crítica que planteamos como parte de las minorías revolucionarias no tiene nada que ver con el trabajo sucio que hace el izquierdismo estalinista, izquierdismo plenamente adherido al Estado y putrefacto hasta la médula. Es decir, no tiene nada que ver con las posiciones de aquellos a quienes los anarquistas comúnmente identifican como “los rojos”.

Al contrario nos parece importante desarrollar un debate, tanto con quienes, siendo parte de la clase trabajadora enarbolan las posiciones insurreccionalistas, como con quienes no las defendemos. Pues incluso desde el campo proletario se llega a definir el accionar espontáneo que deriva en violencia callejera como un accionar “desesperado” o propio de capas sociales “sin futuro”. Lo cual consideramos es un error, una limitación en un análisis que debiera profundizar más. Esto aunque ciertamente la violencia minoritaria actual no corresponde con los métodos que ha logrado desarrollar el proletariado, partiendo siempre de la autocrítica de sus propios logros, pero -sobre todo-, sacando las lecciones de sus derrotas.

Impregnado en sus inicios por ciertas tendencias ciertamente conspirativas como el blanquismo, el movimiento socialista y comunista, en sus inicios adoleció de una claridad al respecto de cuáles eran los métodos de lucha apropiados, pero prontamente se supo desprender críticamente de estas tendencias. No sólo y no tanto por el debate abierto al interior del propio movimiento, sino -y sobre todo- porque el propio desarrollo objetivo del proletariado, que fue cobrando vida como sector social mayoritario y tal carácter de masividad planteaba precisamente la necesidad de una lucha política que lo involucrara en su conjunto para derribar al Estado, no de un movimiento minoritario que se hiciera cargo de tal Estado.

Así como el movimiento comunista ha podido sacar las lecciones acerca de cuáles son los métodos de lucha propios de nuestra clase, deslindando del terrorismo, la guerrilla y otras supuestas formas de lucha por demás militaristas y ajenas a una concepción proletaria, así planteamos que es necesario hacer una discusión respecto a cómo se plantea el asunto de la revolución al proletariado en el periodo actual.

¿Se debe hablar de la posibilidad de esperanza o de la necesidad de espera desde el campo de las minorías revolucionarias? Planteamos que no. En primer lugar porque el concepto de “esperanza” es profundamente idealista y metafísico.

Pese a que el desarrollo de la concurrencia capitalista ubique ciertamente a una gran masa de explotados en el campo de aquellos que “no tienen nada que perder”, esto no significa que el proletariado esté destinado a efectuar irremisiblemente la destrucción del capitalismo. En primer lugar porque para ello, esa masa de individuos atomizados a los que genéricamente denominamos como “clase trabajadora”, necesita primero trascender su propia identidad individual para constituir una identidad colectiva. No es sino cuando el proletariado se reconoce como una misma clase (es decir, no como meramente objeto sino como sujeto) que puede constituirse en partido: es decir en subjetividad política colectiva, consciente y revolucionariamente actuante de su potencial negativo del sistema capital-trabajo. En segundo lugar porque esta tarea emancipadora, negadora -y por lo tanto primordialmente destructiva que es la revolución-, no está llamada a realizarse como un imperativo inevitable. Bajo la frase “Revolución o barbarie”, se expresa la realidad material del capitalismo y la disyuntiva única que ante este tiene el proletariado: o se le destruye como sistema o dicho sistema destruye al mundo. Si el capitalismo procreara su propia e inevitable negación objetiva no sería necesario plantearse una revolución. Pero hacia donde vamos en el presente actual, es hacia la barbarie, no hacia un futuro promisorio que no existe.

La negación del capitalismo puede ocurrir sólo en el momento preciso de la lucha en contra de este, es decir, no se materializa como un producto positivo de su existencia. La conciencia es producto de la necesidad y de la propia lucha negativa en contra de tal necesidad, no es patrimonio de ninguna intelectualidad que pueda ir por ahí repartiéndola: es algo que nos pertenece a todos los proletarios sólo en tanto clase viva, es decir, negadora del capital. La única forma de construir un futuro es desde el presente. **La esperanza y la espera no caben donde el futuro no existe.**

Pero en este “aquí y ahora” no emergemos como seguros vencedores: la única certeza es la lucha misma.

Nada ni nadie nos aseguran que nuestros actos revolucionarios serán finalmente exitosos.

Lo único seguro es que si el proletariado no irrumpe, el futuro es la aniquilación del mundo como lo conocemos. Nuestro actuar revolucionario debe ser un actuar **contra la esperanza** (pues no puede haber certidumbre de lo no existente) y **contra la espera**, pues el tiempo -cuantitativamente entendido- está en nuestra contra. Aquí cabe recordar lo que decía Lenin al respecto de la espera y la insurrección en los meses previos a la Revolución de Octubre: *“es preciso que movilizemos a los obreros armados, haciéndoles un llamado para que se lancen a una lucha desesperada, a la lucha final.”*¹⁰ No contar con el futuro como aliado, no significa ir evadiendo la realidad sino afrontarla en su materialidad misma.

Actuar en y desde el presente implica renunciar a toda certeza sobre un futuro que no existe. Pero no significa hacer tabla rasa, no en el sentido de pensar que la historia no plantea lecciones. Ahora, a la luz de la tragedia que para el movimiento revolucionario significó su derrota en 1917-24, y el triunfo breve sobre este del capitalismo de estado, tenemos una mayor experiencia histórica que puede nutrir nuestra teoría revolucionaria. Podemos reafirmar con Marx, que comunismo es un movimiento, no una idea a implantar. Cualquier lucha contra el capitalismo que no se plantee como una negación, y además pretenda extender la receta para un “después” inexistente, corre el riesgo de abonar hacia una nueva idea de síntesis positiva DENTRO del propio capitalismo, cuya única posibilidad es la re-afirmación del trabajo capital: el “a cada quien según su trabajo”, es en realidad el principio bajo el que ya funciona el capitalismo. El “a cada quien según su necesidad, de cada quien según sus posibilidades”, solo puede lograrse con una práctica que no opere desviando la lucha contra el capitalismo, que no actúe dirigiendo las fuerzas de la insurrección al campo de la restauración del Estado o a la continuidad de la producción de mercancías, como ocurrió en la Unión Soviética luego

de la derrota del movimiento proletario que intentaba desarrollar su lucha a escala mundial, y como se impuso luego en los países del este europeo.

Como comunistas no nos oponemos a la insurrección, pero partimos de la aparentemente contradictoria convicción de que es necesario nuestro accionar como clase, como mayoría consciente y activa. Citando de nuevo a Lenin: *“Para poder triunfar, la insurrección no debe apoyarse en una conjuración, en un partido, sino en la clase avanzada.”*¹¹ Esta convicción, al contrario de como plantea el insurreccionalismo, no es una apuesta por la “acumulación cuantitativa”. No se trata de “agrandar” estructuras permanentes¹², ni de aborregar masas. Los comunistas no actuamos en la misma lógica de acumulación bajo la que opera el capital-trabajo.

En cambio para ustedes –si es que nos permiten hablarles así- como insurreccionalistas decididos a *dar la batalla, sean cuantos sean* en el *aquí y ahora*, si subyace al parecer una creencia en la posibilidad acumulativa: creen ustedes que su coraje, su rabia y su salvaje sapiencia se pueden potencializar miles y millones de veces, en cada uno de sus propios y pequeños actos, convirtiéndolos en actos *inmensamente detonadores*, para así subsanar la inmovilidad apática de miles de millones de *inconscientes, pacientes y cobardes*. Si así de simple es para ustedes el asunto, compañeros proletarios que hacen filas en el movimiento insurreccionalista; tendremos entonces que entender la realidad resulta tan odiosa, que ya no están dispuestos a tomarla en cuenta.

El anarquismo insurreccional parece haber heredado la maldición idealista del anarcosindicalismo de hace más de 100 años, que suponía que la huelga general podría llevar a la revolución como resultado de una mera convocatoria. Ahora, siglo y medio después, la *praxis* insurreccionalista pretende “ensanchar el conflicto” por obra y gracia de su propio coraje. En aquél entonces, (entonces que desde luego no es ahora), la revolucionaria Rosa Luxemburgo -asesinada por los autonombrados “socialistas” de su tiempo en Alemania-, planteaba: *“Para la concepción anarquista de las cosas, en efecto, la especulación sobre la “gran conmoción”, sobre la revolución social, constituye algo exterior y no esencial, lo esencial es la manera totalmente abstracta (...) de considerar tanto la huelga de masas como por otra parte, las condiciones de la lucha proletaria. El anarquista no concibe sino dos condiciones materiales previas de esas especulaciones “revolucionarias”; primero el “espacio etéreo” y luego la buena voluntad y el coraje para salvar a la humanidad del valle de lágrimas capitalista donde gime hasta el presente. (...) Pero para desgracia del anarquismo, los métodos de lucha improvisados en el “espacio etéreo”, se revelaron siempre como meras utopías; además, como la mayoría de las veces se negaban a considerar la triste y despreciable realidad, dejaban insensiblemente de ser teorías revolucionarias para convertirse en auxiliares prácticas de la reacción”*¹³

O tal vez no, los anarquistas-insurreccionales no están tan seguros de que su mero coraje sirva para tanto y en el fondo no piensan que la acción de sólo unos pocos cambiará las cosas. Tal vez detrás de su “no espera” se esconde la esperanza de que su ejemplo se reproduzca entre la multitud (hablemos de números de nuevo) y tal vez por ello, pese a que digan que no crean que nadie escuchará su palabra o digan que no están dispuestos a esperar al despertar del *amasijo informe* para empezar a actuar, si dejan correr la tinta y los comunicados, quizá esperando ganar adeptos entre esa bola de timoratos que según ustedes somos los demás. No esperan al momento del crecimiento cuantitativo para actuar, actúan *aquí y ahora* para producir (*aquí y ahora* también, *de preferencia*) el crecimiento cuantitativo: otra vez esperanzas.

Para nosotros el problema de la organización no es así, se trata simplemente de que la auto-emancipación es eso: un momento de autonomía y por lo tanto de auto-realización, no una liberación instrumentada desde fuera de la subjetividad a la que se pretende liberar. Como parte de las minorías revolucionarias (y a diferencia de ustedes), no nos consideramos un ente aparte de nuestra propia clase: nos reconocemos en ella aún a pesar de su mediana o aparentemente nula conciencia. Ustedes – o algunos de ustedes –, prefieren hablar de una masa amorfa y alienada a la que no pueden esperar. Nosotros no esperamos porque vamos actuando en y con nuestra clase: cada intervención agitativa, cada esfuerzo organizativo (grande o pequeño eso no importa), cada reflexión para ustedes aburrida e inútil como ésta, son intervenciones y esfuerzos, reflexiones y experiencias que nos pertenecen a todos: a las minorías conscientes y a las mayorías que pretendemos unificar en un solo y determinante antagonismo contra el sistema. En esas mayorías, cabe decirlo, no incluimos a los burgueses, sino a aquellos que no necesitamos del poder económico ni de la continuidad de ningún estado. El movimiento comunista pretende la organización autónoma de quienes necesitamos destruir el capitalismo, no la supuesta (e imposible) liberación de estos por manos de un puñado de decididos. La condición del comunismo es el despertar consciente de una comunidad actuante, no una acumulación, no una suma de cantidades de individuos.

6. Pretendidamente subversivo, pero objetivamente impotente. El insurreccionalismo actual que vemos en México es, en parte, una trágica muestra de las dificultades algunos hijos de los trabajadores tienen para reconocerse como parte de una clase revolucionaria, con experiencia y métodos de lucha propios.

No nos espanta su actuar violento, ni lo vemos como mero desahogo de “resentidos sociales”. Entendemos que tal violencia va acompañada de su legítima aspiración al placer, de ahí la irracionalidad aparente de sus actos destructores, que se presentan ante los ojos de sus protagonistas como la oportunidad para liberación colectiva de individuales y reprimidas pulsiones lúdicas.

Sin embargo, el insurreccionalismo no logra salir de los ámbitos del espectáculo mismo. La suya es una violencia que ciertamente se procrea en la invisibilidad y pretende generar un nuevo código estético, pero que al hablar el mismo lenguaje especialista que otras formas de violencia minoritaria como el terrorismo y la guerrilla, finalmente conduce a una simple repetición monótona: la del hacer para ser vistos. No cuestiona el fundamento del capitalismo en tanto que no trasciende los planos de división: la suya, es una violencia que instantes después de realizada ya no les pertenece, ha sido absorbida perfectamente al mundo de las representaciones. Millones de ciudadanos-consumidores pueden elegir entre presenciar pasivamente la final del campeonato de fútbol soccer o bien mirar impávidos los actos literalmente incendiarios de los encapuchados. Los insurreccionalistas no son proletarios liberándose a sí mismos del trabajo por medio del “placer armado” sino meros trabajadores en el peor sentido: hombres y mujeres trabajando para otros: proveyendo a las masas del espectáculo de una violencia que los arroja más y más al campo de la expectación con la insatisfacción convertida en mercancía, proveyendo a algunos cuantos (o muchos, da igual) de esperanzas inservibles en la acción minoritaria seudoliberadora y proveyendo a la izquierda del capital de su moneda de cambio ante el poder. Por cada insurrecto al que le “ponen el dedo”, los estalinistas ganan bonos de interlocución con el Estado.

Los insurreccionalistas van reproduciendo la violencia alienada, como abstracción ideológica perfecta del trabajo concreto. No van destruyendo el trabajo como enajenación, sino reconstruyéndolo en su propio autosacrificio. La suya es una violencia hecha de modo capitalista: pretendidamente justiciera, abiertamente vengativa, aburridamente minoritaria. Racionalizada en función, no de la desesperanza (coincido en que no se les puede pedir que la tengan), sino en función del capital-trabajo abstracto mismo: “Dar a cada quién según su sacrificio, dé cada quien según sus arrestos”.

Los insurreccionalistas nos proveen de la dosis adecuada de acciones “confrontativas”: acciones abundantemente (cuantitativamente) iconoclastas pero cualitativamente inútiles, pues para nosotros, la mayoría, resultan por completo carentes de la profundidad que conlleva al placer de la autorrealización. Arrojándonos al campo de la expectación, privándonos aún más de la posibilidad de autogestionar nuestras vidas, autogestionando ellos la violencia como espectáculo.

Emma Goldman decía: “Si no puedo bailar no es mi revolución”. Habría que completar la frase: “Si al día siguiente tengo que volver al trabajo – o simplemente caí de nuevo a la cárcel-, esa no es la insurrección que yo quiero.”

Después de cada irrupción en las calles de estos compañeros, el grueso de la clase trabajadora, - tal como ocurre después de un día de descanso- vuelve al día siguiente a sus empleos; los empleados a checar su tarjeta y los obreros “ganarse la vida”. La burguesía festeja y se ensaña con los que ha logrado hacer prisioneros. Los graffitis se borran, los escombros se levantan, las cenizas se barren y los cristales se colocan de nuevo. Los estantes se resurten de mercancías, la circulación de estas se reanuda: la “expropiación” no se ha realizado. La acumulación de capital se continúa. La alienación se perpetúa. La función puede continuar. (*xDaniel Deboré*)

Postdata. Y sin embargo –y también literalmente- debajo de la tierra, el viejo topo sigue pacientemente cavando. Mientras el descontento empieza a mostrarse en su nuevo rostro: colectivo, sin capuchas y sin líderes.

(Cálido) Invierno de 2013.

¹ En México se llama así a aquellos que “ni estudian, ni trabajan”, es un término despectivo acuñado a partir de los estudios y encuestas oficiales y empresariales respecto al desempleo y la productividad.

² “Somos de los millones de las cifras escandalosas, somos de los llamados “ninis” (...) somos nombres pequeños en la nota roja”. Las Capuchas hablan. Comunicado de la *Coordinadora de las Sombras*, 30-sept-2013.

³ En el 2010, por ejemplo, fue destacada la historia de Edgar Jiménez Lugo, alias “El Ponchis” de tan sólo 14 años de edad, quien enrolado en el Cartel del Pacífico Sur, confesó haberse visto obligado a realizar cuatro ejecuciones. Salió de prisión en 2013.

⁴ Tal fue el caso de Francisco “Kuy” Kendal, miembro del sector cultural de la Otra Campaña, quien desde entonces permanece postrado por recibir el impacto de un proyectil federal.

⁵ Luego del desalojo de los maestros, el Zócalo permaneció mas de un mes ocupado por las fuerzas militares, so pretexto de que ahí se instalara un centro de acopio para los damnificados por los meteoros que por esas fechas inundaron buena parte del país.

⁶ En México hace casi 100 años que no hay una representación seria de esta vertiente. Solo el “Frente Auténtico del Trabajo” (FAT), afiliado a la oficialista UNT, pervive como caricatura trágica de lo que antaño fue un anarcosindicalismo histórico, que impulsó algunas huelgas importantes en la segunda década del siglo XX.

⁷ No hay que confundir con el movimiento anti-industrial o anti-tecnología, de signo abiertamente terrorista, contemporáneos *Unabombers* que han reclamado la autoría de algunas “cartas bomba” contra varios científicos.

⁸ Así se vio por lo menos cuando luego de que la Coordinadora de las Sombras hiciese publica su existencia previo al 2 de octubre, algunos grupos que años antes ya habían aparecido pero luego no habían figurado mediáticamente, como “para no quedarse atrás”, sacaron sendos comunicados, pero con un lenguaje muy distinto que ya conocemos.

⁹ Para este trabajo nos ha sido especialmente útil -entre otros textos -, el libro de reciente aparición titulado **La insurrección anárquica del siglo XXI** (recopilación de textos de Bonanno, Constantino Cavalleri, Gustavo Rodríguez y Wolfi Landstreicher) . Veneno Ediciones, México 2013.

¹⁰ Lenin, V.I. **El marxismo y la insurrección.** Carta al Comité Central del POSD (R) de Rusia. Septiembre de 1917.

¹¹ Ib. Ídem.

¹² La trágica experiencia de los consejos obreros en Alemania, que entregaron el poder a la Asamblea Constituyente y permitieron la restauración del parlamento y la república burguesa en 1919, muestra como no basta con construir estructuras, sino que el proletariado requiere de conciencia para evitar que estas se vuelvan contra si mismo.

¹³ Luxemburg, Rosa. **Huelga de masas, partido y sindicatos** (1906). Publicado en castellano por ediciones Pasado y Presente. Siglo XXI editores. México, 1970.